

ALEIX ORTUÑO

# TUDO PARECE NORMAL





**Créditos:**

**TODO PARECE NORMAL**

**Primera edición digital:** mayo 2020

**ISBN:** 978-2-490290-38-3

**Autor:** Aleix Ortuño

**Diseño e ilustración de cubierta:** Corominas

**Prólogo:** Bernat Castany Prado

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



# TODO PARECE NORMAL

Aleix Ortuño

# Prólogo

DESPUÉS DE HABER ESCRITO UN PRIMER LIBRO DE RELATOS, titulado *Cent cinquanta videojocs per a Playstation 3* (que también tuve el placer de presentar), y de haber publicado, junto a su hermano Arnau, *El Paradís Mort* (la primera gran novela de fantasía gótica escrita en catalán, que muchas editoriales se arrepentirán algún día de no haber aceptado en su momento), Aleix Ortuño vuelve a aterrizar en nuestro planeta para ofrecernos un nuevo libro de relatos, reunidos bajo el título envolvente de *Todo parece normal*.

No es extraño que su autor haya visitado imaginarios épicos como el de la novela fantástica o los videojuegos, puesto que su modo de escritura responde, sin duda alguna, a las convenciones del género épico. Y es que Aleix Ortuño escribe *in media res* (sin temer a la hoja en blanco, que es la eterna batalla en la que todo escritor se halla siempre embarcado), en el momento más bajo del destino del héroe (porque nunca es el momento adecuado para hacerlo, y aun así él lo hace), venciendo al mal (que es la nada, ese monstruo de múltiples cabezas, cuyos nombres son el desánimo, la impotencia, las dudas, la indiferencia o el utilitarismo, que vencen a tantos otros) y realizando un largo periplo de ida y vuelta (visitando imaginarios más o menos lejanos, como el cine, las series o los videojuegos, para regresar finalmente a la gran casa de la literatura).

Una de las ventajas de tener que escribir un prólogo es gozar de la oportunidad de poder leer con total libertad. Esas ciento cincuenta páginas impresas en papel reciclado, reunidas en grupos de treinta o cuarenta hojas, para que las grapas no salten, carentes del aura de la encuadernación, del aval de un sello editorial y de las coacciones de la crítica, parecen la arena de un circo romano sobre cuya superficie, recalentada por el sol, el texto se agita como un gladiador que ha perdido su tridente y no tiene más que su cuerpo desnudo para defenderse. *Nec spe, nec metu*, sin esperanza y sin miedo. En esas condiciones, pocos textos logran vencer a las ocupaciones y a las preocupaciones, a los juicios y a los prejuicios, a las tracciones y a las distracciones del lector, tentado por ese disfraz del abandono que es la lectura en diagonal.

Yo no sé qué fuerza extraña le permite a Aleix Ortuño sostener, como otro Atlas, el suelo de nuestra lectura. No podemos contentarnos con el impresionismo (me gusta, me atrapa), el relativismo genérico (es buena literatura en su género) o el documentalismo (representa bien el sufrimiento de tal o cual grupo humano). Es mejor tratar de ir al fondo de la cuestión. Según afirma Harold Bloom en *El canon occidental*, las tres virtudes, fortalezas o potencias que caracterizan una obra canónica (entiéndase aquí una obra poderosa) son la fuerza verbal, esto es, la sana, alegre, lúdica y a veces brutal capacidad de jugar con las palabras y retorcer el lenguaje para obligarlo a decir lo que suele callar; la fuerza cognitiva, o la capacidad de encerrar, de forma evidente o simbólica, una cierta verdad acerca del mundo y de las personas que lo habitan; y la fuerza narrativa, o la capacidad de crear un mundo autónomo en el que nos apetece entrar, nos gusta permanecer y nos apena abandonar. Algunas grandes obras desarrollan a un alto nivel una o dos de estas potencialidades; otras, las de los genios, como Shakespeare, Cervantes o Borges, destacan en las tres.

Como simple catador, que no solo ha salido vivo, sino también vivificado de la lectura de esta obra, me atrevería a decir que los relatos que la componen atrapan al lector por su fuerza narrativa, que es capaz de esbozar en apenas unas líneas un mundo sólido e interesante, y por su fuerza cognitiva, que explora sentimientos y experiencias esenciales, tales como el miedo, el valor, la soledad o la verdad. En lo que respecta a la fuerza verbal, cabe señalar que, por su naturaleza fundamentalmente narrativa, y también por el influjo de nuestra época literaria, en la que la narrativa tiende a primar la rapidez y la funcionalidad (que se debe, quizás, al hecho de tener que lidiar con un lector acostumbrado a los ritmos trepidantes del cine, la televisión y las redes sociales), los relatos que componen *Todo parece normal* parecen (o aparentan) olvidarse del lenguaje. Sin embargo, no son pocas las frases felices, que no he podido dejar de subrayar, así como los pasajes en los que se evoca de forma magistral el horror o la incomunicación.

Otra virtud de este libro es su capacidad para incluir un gran número de voces e imaginarios, sin perder, por ello, su propia voz. Veamos algunos ejemplos.

Ejemplo 1: «Caída por un millón de mundos» = («El Aleph» + *Alicia en el país de las maravillas*) x *Interstellar*

*Demostración:* En este relato un niño, que acaba de ser rechazado por una niña que le atrae, tropieza y cae por una falla espaciotemporal que lo lleva a visitar una infinidad de mundos (en los que «descubrió sensaciones que aquí no concebimos, la mayor parte de las cuales no eran para tanto»), para regresar un instante después, anonadado, al mismo cuerpo y cerebro («porque lo imposible suele ser cruel, y la fantasía puede doler horriblemente»), sin saber muy bien qué hacer con todo ello («Y luego todo fue volver a probar suerte»).

Ejemplo 2: «Delgada línea de puntos» = (Cortázar + Carver) x *El show de Truman*.

*Demostración:* Este relato busca violentar, al modo de Cortázar, los límites de lo normal, pero con un laconismo más propio de Carver, y con toda una serie de referencias y de estrategias que no dejan de recordarnos a la película, ya clásica, de Peter Weiss.

Ejemplo 3: «La píldora del suicidio» = (*Black Mirror*)<sup>2</sup>

*Demostración:* Este relato concentra y potencia la inflexión naturalista de la ciencia ficción que practica la serie mencionada, dotándola de una mayor universalidad y permanencia, al modo de «La lotería de Babel», de Borges.

Y podríamos seguir diciendo que «El cosmonauta» es igual a Bolaño por Philip K. Dick; «Un tanto desagradable», a Pere Calders por *Saw*; «Irene en el pantano», a Mariana Enríquez por *Creepshow* dividido por *Viernes 13*; «Enemigo invisible», a *Smoking Room* x Sábato; y «Mansión con trampas», a *Cube* más «El Aleph».

No son influencias, son multiplicandos y sumandos en los que, como suele suceder con las multiplicaciones y las sumas, el orden de los factores no importa. Tampoco se trata de ecuaciones que debamos resolver para encontrar una fórmula perfecta. Son, más bien, decenas o cientos de injertos que van construyendo una selva propia en la que apetece perderse.

Se trata, en fin, de una escritura abierta, desacomplejada y lúdica, que más allá de los repliegues eruditos, de las rendiciones cínicas o de las lágrimas nihilistas, decide contar historias, como siempre se ha hecho y por las razones por las que siempre se ha hecho: para descansar después de cada día de caza, para distraer nuestro reposo, para permanecer unidos

junto a la hoguera y para soportar, sin perderla de vista, la infinita oscuridad que empieza a nuestras espaldas, a escasos metros del fuego. Y es que la intersección entre una narración actual y una narración prehistórica es la narración desnuda, de la que nunca podremos prescindir.

Bernat Castany Prado

A la Irene del pantano.  
Y a la de hoy: incluso más todavía.

# La píldora de suicidio

BUENO... Te convences de que nunca ocurrirá.

Es la única forma de tomárselo.

Además, para muchos es verdad. A muchos no les ocurre nunca. A los que les ocurre... bien, al menos han vivido su tiempo. Pero solo hay dos lecciones importantes y esta hay que aprendérsela bien.

Aquí todos somos tipos duros, ¿sabes?, pero, bueno... todos amamos la vida.

Así que te lo repiten una y otra vez... Los instructores, primero. Después tus propios compañeros. Y tú a ellos. Jamás ocurrirá. Ocurre, sí, a veces, muy pocas veces, pero no te sucederá a ti. Ahora, si te sucede (no, no ocurrirá nunca, claro que no, pero... si te sucede), entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Tienes que tomarte la píldora de suicidio.

Esta es la segunda lección. Y no hay otra opción, joder.

Vale, es una cuestión difícil de aceptar. Ya no existen hombres que mueran por la causa, y las causas que la Organización maneja nunca han despertado el heroísmo de nadie. Pero bueno, no hay nada de patriótico en el deber de tomarse la píldora de suicidio. Es un asunto más bien... pragmático, sí.

Digámoslo así.

Tienen buenos instructores. Enseñar que la píldora no es el mejor camino sino el único camino puede resultar difícil. Pero, ya te digo: los instructores son buenos.

Ya hace tiempo que tuvieron la idea de grabar las torturas y de conservar los cuerpos.

En las dos semanas que dura la instrucción solo se empeñan en inculcarte las dos lecciones. Sabes que tu trabajo será sencillo, y de este apenas te hablan un momento. Irás a trabajar. No será un trabajo auténtico, pero como si lo fuera. Si es necesario gastarse pasta en una buena tapadera, la Organización no tiene problemas en soltarla. No escatima en estas cosas. Así que cada día entrarás en tu oficina, encenderás el ordenador y podrás

ponerte a navegar por la red o a bajar pornografía. Gastarás el tiempo como prefieras y al final de mes tu nómina se verá engrosada por lo que a todas luces será un sueldo legal. Si alguien pregunta por cualquier papel de los que debería tener el negocio, no lo dudes: la Organización te los hará llegar o te enviará tres dedos del que ha preguntado, lo que sea menos costoso.

Ya lo ves: la vida trabajando de mentira.

Tapaderas establecidas con primoroso detalle a las que nunca a ninguna mente lúcida de arriba se le ha ocurrido hacerles producir dinero real.

Bueno... La vida trabajando de mentira no es ni mejor ni peor que la vida trabajando de verdad.

En cualquier caso, los agentes sí que tienen un trabajo. Salen de la Organización con dos contraseñas taladradas en la memoria, la Correcta y la Falsa. ¿Unos nombres estúpidos? Claro.

Pero esto es todo lo que hay.

Algún día, quizás, llegará un hombre al negocio y recitará tu contraseña Correcta. Eso puede que no pase nunca, o puede que llegue a pasar con tanta frecuencia que el hipotético trabajo falso se vuelva bastante parecido a un trabajo de verdad. No importa: en cuanto te recitan tu contraseña Correcta debes responder con la Falsa y se considera zanjado el intercambio.

No sucederá nunca que alguien llegue y te recite la contraseña Falsa.

Cuando eso ocurra, tómate la píldora.

Esas son las dos lecciones.

¡Claro que es duro para los instructores inculcar ambas a la vez! El hecho de que se insista tanto en qué hacer cuando ocurra hace dudar a los chicos de que sea cierto eso de que nunca ocurrirá, pero parece que convencerlos es algo fundamental para la Organización. Se consigue... a través de... bueno, de la psicología. Se fundamenta, claro, en la facilidad que tiene el ser humano para asumir que no morirá nunca. Los demás, puede. Pero ninguno cree que le vaya a ocurrir a él.

Yo llamo a eso esperanza.

Los instructores trabajan en ella durante todo el maldito cursillo.

Dura dos semanas.

Y el último día lo reservan para recordarte que, a veces, renunciar a la esperanza es la mejor de las opciones.

De verdad, si me preguntas a mí, te diré que no tiene el menor de los sentidos. Tanta sangre... Tanta que ni te lo podrías imaginar. Lo hacen en

unas habitaciones pequeñas, de paredes blancas. Es tan aséptico que creo que acojona más que si fueran las mazmorras de un castillo. Porque bajo los fluorescentes, las herramientas metálicas relucen. Y ¿te das cuenta? Hay que llamarlas herramientas, porque uno no sabría para qué demonios sirven hasta que las ves funcionar, y eso de llamarlas herramientas también asusta, creo yo, más que cualquier otro nombre.

Luego te las enseñan en funcionamiento. Te enseñan cómo las han usado y cómo quedaron tíos se resistieron a tomarse la píldora cuando les llegó el momento. A esos te los dejan *tocar*... Sus restos, quiero decir. Así puedes volver a revivir cada segundo de su agonía, volver a sentir lo que has visto... ahora a través del tacto.

Cuando te enfrentas a todo eso, ya has dado el paso. Vuelves del cursillo ligado a tu nuevo cargo y a tu nueva vida con algo más que una absoluta convicción. El método es más efectivo que si te marcaran la espalda con un hierro al rojo vivo como si fueras una res. Porque esa marca que te dejan ese último día, esa marca en el cerebro, es una enorme mancha bajo la misma piel. Nunca se borrará, ni dejarás de sentirla un solo día de tu vida. Nunca podrás ignorarla.

Nunca te permitirá olvidar que, cuando llegue el momento (si es que llega), la esperanza no debe interponerse entre la píldora y tú.

Por lo demás, ya te lo he dicho: es una buena vida. Es una vida factible. Yo he conocido a tíos que se han terminado jubilando, jubilando de verdad: no es un eufemismo. Y los hay que tienen mujeres e hijos. No digo que no estén locos todos y cada uno de ellos. ¿Cómo no estarlo? ¿Has conocido tú a alguien cuerdo en la Organización? Aunque esto no puede compararse... Pero, en fin, puedes estar en esto y ser feliz. Tener... problemas estúpidos, y conversaciones estúpidas, y hasta vidas anodinas.

Pero luego te acuerdas de ese vídeo, esa sangre y las vísceras, y la piel y los aullidos y... Bueno, no sé por qué te digo esto. Supongo que lo que quiero decir es que es difícil entenderlo.

No sé... ¿Por qué coño lo hacen? ¿A qué vienen esas muertes?

Te diré lo que me decían mis propios compañeros cuando se lo preguntaba hace años: no nos pagan para preguntar.

¡Ah, bueno, eso de acuerdo... pero yo le he dado muchas vueltas! Es como si tuviera en mi mesita de noche uno de esos malditos cubos de colores, ya sabes, uno de esos puzzles que no se pueden resolver. Como si lo tuviera junto a mi cama cada noche cuando me voy a dormir y cada

mañana al despertarme. Y tal vez haya conseguido resolver un par de lados, pero los otros... Te lo juro, son un galimatías. No tienen ningún sentido.

Quiero decir que puedo entender todo ese lío de las contraseñas... Un poco, al menos, como un retorcido juego de espías. Ya sabes, cuando eres soldado de la Organización siempre te están diciendo que si Inteligencia eso y que si Inteligencia aquello. Esa información sale de algún lado. Si hay un departamento de Inteligencia, quizás nosotros seamos parte de ella. Puede que seamos incluso su expresión más elevada. Vamos por allá con nuestras estúpidas contraseñas Falsas y Correctas, que siempre son gilipolleces de frases, sin conocer nada, y tal vez formemos parte de un canal de información privilegiado, como basado en impulsos. Nosotros somos las neuronas y los tíos que preguntan son el impulso eléctrico. Una especie de código morse, ¿sabes lo que te digo? Un canal de información absolutamente seguro.

No sé, eso es algo parecido a una explicación... Pero entonces, lo que no se entiende es lo otro. ¿Qué sentido tiene que terminen con nosotros de la forma en que lo hacen? ¿Luchamos contra alguien? Puede que sí... aunque yo creo que no. Supongo que podría tratarse de una lucha contra otra Organización: tal vez aquellos que nos vienen con nuestras contraseñas Falsas son agentes enemigos que el sistema ha logrado confundir. Pero eso son chorradas. Nosotros somos los núcleos, las neuronas, y los tíos que nos preguntan son el impulso eléctrico. Cuando viene alguien con la contraseña Falsa, yo digo que es la misma Organización que quiere cortar por lo sano ese canal de información.

Entonces... ¿por qué la píldora?

¿Por qué esos asesinatos? Aunque el nombre se les queda pequeño...

Una ejecución rápida, eso tendría sentido. Eso la Organización sabe hacerlo perfectamente bien. Todos hemos sido soldados: es algo limpio y eficaz. Cuando alguien entra en tu despacho con un pasamontañas y empuñando un hierro nueve no existe ningún último ataque de repentina inspiración. Da igual cómo estés de curtido. No hay quien pueda moverse más rápido que una bala. He matado hombres mucho mejores que yo porque tuve el don de la oportunidad, y la oportunidad te la da ser tú el que entra en un sitio dispuesto a cargarte a alguien: donde tú quieres, cuando tú quieres. O cuando te lo ordenan, da igual.

Ese tipo de ejecución, eso sería lo lógico. El tipo de actitud razonable que no daría lugar a ningún misterio.

En cambio, viene el tío con la contraseña Falsa. Solo conozco historias, ya sabes: no he vivido ningún suceso real. Para empezar, ni tan siquiera sé si los tíos de las contraseñas saben lo que significa el mensaje que te dan. Yo creo que no. Me pregunto si alguna vez habrán despachado a uno de esos mensajeros por traer malas noticias. Aunque, bueno, casi todos se toman la píldora. Puedes creértelo: es así. Eres joven y sé que te sorprende. Está bien: es lógico. Pero solo te sientes joven porque no estuviste en el cursillo. Si te unes al departamento... dejarás de serlo. Bueno, no pasa nada.

Siempre llega el momento de crecer.

Lo que estaba diciendo es que viene el tío con la contraseña Falsa y eso es mil veces más complicado que una ejecución, porque a los que huyen, a los que pasan de la píldora... bueno, a esos la Organización tiene que buscarlos, y son gente que está huyendo del demonio. Saben qué les sucederá si los cogen... o cuando los cojan. Se vuelven bestias salvajes. Aunque, de hecho, la mayoría recapacitan. Con píldora o sin ella, buscan una salida fácil más tarde o más temprano. Obvio. Pero, bueno, si tienes que terminar igual, para eso usa la píldora. Es indolora. Mucho mejor que cortarse las venas en un motel mugriento o eso que he visto hacer alguna vez de meter la cabeza en una bolsa de plástico y atarla con cinta aislante. Por Dios... ¡qué horror! E incluso a algunos los pillan a medio trabajo. Te lo juro: se sabe. Los cogen antes de que terminen muertos, los ponen en un hospital y luego... luego los hacen pasar por todo el maldito proceso. Las salas asépticas y las herramientas.

La Organización te dice que te tomes la maldita píldora.

Pues no busques otro método, joder.

Pero es tan complejo, este sistema cuesta tanto... ¿Entiendes lo que te digo? ¿Para qué se toma tantas molestias la Organización? A eso es a lo que yo iba. Ese es el enigma, chico. Porque no tiene ningún sentido, y no solo porque todo esto sea una basura inmoral. No tiene ningún sentido porque no tiene ninguna utilidad, en principio, ni para la misma Organización.

Aunque, como te he dicho, yo tengo algunas ideas...

Dices que quieres formarte para el departamento, y ya te digo, tampoco es una mala vida. Solo que tiene sus reglas. Yo la prefiero por mucho a la vida de soldado y, aun así... el misterio me quita el sueño. Así que si quieres que te diga mi opinión... creo que se trata de un experimento. No digo que solo seamos eso, ¿comprendes? Lo que creo es que nos aprovechan. Tal vez seamos todo eso del flujo de la información que te he dicho pero, cuando

quieren eliminar uno de los conductos, aprovechan y montan este horrible paripé. Tampoco estoy seguro de lo que quieren, por supuesto. Tal vez les interesa cuantificar la capacidad de las personas de negarse a la realidad, de darse... bueno, eso, esperanzas, aun cuando no hay el menor espacio para ellas. Pero esa es una posibilidad excesivamente romántica. Lo que pienso es: ¿cuál es la actividad favorita de la Organización? Y yo mismo puedo responderme: dar órdenes. ¡Órdenes!, ¿entiendes? Y ellos te ordenan que te tragues la píldora. Te ordenan que te elimines a ti mismo y esperan que lo hagas. Hablo de ese tipo de experimento... Cómo conseguir dar órdenes hasta las últimas consecuencias. Porque creo que buscan el día en que no tengan que hablarnos de torturas y asesinatos demenciales. Ese día en que no tendrán que asustarnos como si fueran nuestros padres o nuestros confesores. Ellos dirán: tómate la píldora. Y nosotros obedeceremos porque sí, porque ya lo llevaremos en nuestros malditos genes... como ya mismo, de hecho, lo llevamos de algún modo.

Vaya... ¿Asusta un poco, no crees?

Aunque a mí tampoco me preocupa demasiado porque es una buena vida, ya te digo, y lo único que me jode es el misterio, y si un día viniera un tipo de la Organización y me dijera: «Tienes razón, chico, es un experimento, pero ahora no vayas a ir soltándolo por allí», yo me quedaría tranquilo, de verdad, porque habría resuelto lo que no me deja dormir. No es que pase de los asuntos turbios ni que me importe un pito cómo vaya el mundo. Pero tengo... veinte años más que tú, como mínimo. Así que dejaré para tu generación las revoluciones y la conquista de algo mejor que esto.

Sobre tus dudas... Qué te voy a decir. Entra en el departamento, muchacho. Supongo que en algo te habré ayudado para saber qué te espera aquí. No es una mala opción. Además, no tienes pinta de soldado, y sé de muchos como tú que allí dentro lo pasaron mal. Aquí todo es infinitamente más tranquilo. Y sobre la dichosa píldora... tal vez llegues a olvidar que existe. ¡Espero que no te ocurra como a mí! Yo ya tengo asumido que cualquier día pueden hacer que me la trague y no me importa, y en cambio no tengo otra cosa en la cabeza que la píldora todo el día, y es solo por el maldito misterio. ¿Qué sentido tiene todo? ¿Es un experimento o no, joder?

Maldita sea, muchacho... ¿Tú qué crees?

—Bueno... —dice el chico—. Que está claro que es un experimento, y que está claro que no lo es.

Luego sonrío y se saca un papelito arrugado del bolsillo.

—¿Cómo era? —dice—. Ah, veamos: Los flamencos sobrevuelan los domingos al anochecer.

Pasa un instante y las arrugas del hombre se congelan. Su cara se convierte en una mueca de horror. El corazón acelera su ritmo hasta que siente que le golpea las entrañas, y todos los músculos y los órganos se le encogen: le parecen sujetos por tenazas.

El chico mantiene la sonrisa, como un loco. Cosa extraña, ahora parece más joven aún. En algún lugar remoto del cerebro el hombre se pregunta cuántos años tendrá. ¿Menos de veinte? Tal vez.

—Voy a serte sincero ahora —dice el chico— en agradecimiento a lo mucho que lo has estado siendo tú. No soy uno de esos impulsos eléctricos de los que hablabas. Soy de Control. Ya sabes: por Control de Calidad. Pero, en fin, el sistema es el mismo. Tienes que tomarte la píldora. Lo que aprendiste en el cursillo... todo vale lo mismo para este momento.

Después añade:

—Creo que no cabe pensar en un sujeto mejor que tú para saber qué tiene que hacer ahora.

Luego parece respetuoso, incluso solemne. El hombre se siente petrificado. Los ojos del chico, de repente comprensivos, lo animan. El hombre intenta mover los brazos por encima del escritorio. Tira las hojas al suelo. Intenta bajar el brazo hasta el cajón: se golpea los nudillos contra el tirador. Siente como una descarga eléctrica desde el final de la columna hasta la punta de los cabellos: coge la pantalla de encima de la mesa y la arroja a un lado con violencia, con un grito, en un espasmo.

—¡Eh, eh...! —lo reprime el chico, con suavidad—. Vamos...

El hombre se obliga a volver al cajón. No piensa en la muerte. No en la suya. Tiene la cabeza llena de esas imágenes de las que nunca ha logrado desprenderse. Las llamaban herramientas porque no había un nombre mejor.

Las luces eran brillantes para que pudieras apreciar cada salpicadura de sangre, cada... pedazo.

Consigue sacarla del cajón: blanca y ovalada, inofensiva. La pone encima del escritorio, con avidez. Siente unas ganas tremendas de engullirla.

Siente unas ganas tremendas de no estar allí, de estar en cualquier otro lado.

¿De verdad no iba a ser capaz de huir?

Coge el arma con la izquierda de un modo tan imperceptible, mientras mira la píldora bajo la satisfecha supervisión del joven, que este ni tan siquiera lo ve venir. El chico recibe el primer disparo en el pecho, el segundo en el estómago y el tercero en la boca: le parte el labio superior, le pulveriza tres dientes, le machaca las encías y le destroza parte del cráneo.

Sus ojos dibujan una expresión de puro atónito.

Luego el sorprendido es el hombre cuando el joven, en una sacudida y con lo que parece una sonrisa (pero quizás solo sea el boquete del disparo), se arroja sobre la píldora encima de la mesa y se la traga, metiéndosela hasta el fondo en el enorme agujero de su boca. Queda tumbado sobre el escritorio con el brazo embutido entre las fauces hasta más allá de la muñeca. Sufre un par de estertores más que suenan a risilla y luego expira.

El hombre se levanta de la silla y cae al suelo. Se siente empequeñecido de terror.

Lo empuja una sensación aborrecible.

Abandona la oficina y sale a la luz azulada y fluorescente de la calle. Se siente un títere sin ninguna voluntad. Tiembla de pies a cabeza.

Hubiese querido pararse, pero no puede.

Tira de él la esperanza, y es inmisericorde.